
Las madres que matan

Hélène David

Yo creía que por fin me había aferrado
a la vida por la suya.

PAULINE

¿Por qué el filicidio? Esta pregunta, que se hacen dramáticamente todos aquellos que no se conforman con un juicio de valor reduccionista y tranquilizador, nos induce a reflexionar sobre las fallas del proceso del pensamiento y de sus relaciones con el obrar. Si se excluyen las motivaciones ordenadas en torno de un delirio psicótico, y si todas las mujeres que traté recibíeron de los expertos que las examinaron un diagnóstico de trastorno fronterizo de la personalidad, es forzoso aceptar que la supuesta “desnaturalización” de la función maternal no está tan alejada de la función llamada “suficientemente buena”. No es muy tranquilizador para las madres que se creen “normales”. Y cuando además se agregan a esos diagnósticos perfiles de escolarización y trabajo comparables al promedio y valorados socialmente, cuando el drama se juega contra el fondo de un desarrollo previsible de la jornada, estamos obligadas a concluir que la frontera entre nosotras y esas madres es aún menos hermética de los que nos gustaría creer. ¿Se trata de una cuestión de diferencia cuantitativa o cualitativa? Aulagnier plantea en estos términos las balizas entre la relación pasional y la relación amorosa normal e insiste en hablar de una diferencia, no de grado, sino sin duda de naturaleza.¹

¹ Piera Aulagnier, *Les Destins du plaisir: aliénation-amour-passion*, París, PUF, 1979 [traducción castellana: *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*, Barcelona, Paidós, 1994].

Dos ejes guiarán este trabajo. Estudiaremos los efectos de las representaciones reanimadas por la desesperación ante las rupturas amorosas sufridas por las mujeres que atendí, y por la intrincación identitaria de la relación de esas madres con sus hijos, que provocó la muerte de éstos, debido a la negativa a imaginar que podían sobrevivir a la desaparición de ellas, lo que les atribuía, por identificación proyectiva, un desamparo y una impotencia demasiado dolorosas para que quisieran seguir viviendo.

Esas mujeres se llaman Marie, Lucie, Pauline o Sylvie. Lo que las une es que mataron a uno o, en un caso, a dos de sus hijos. Tienen en común el indecible sufrimiento de estar en el mundo y de haber traído hijos al mundo. No son malvadas, no son hechiceras. Son seres frágiles, afectados por sus amores frustrados, los de su infancia, nunca superados, y los de su supuesta adultez. Comparten un espíritu que no supo envejecer encerrado en su cuerpo de adultas; permanecieron ancladas a las orillas de una infancia decepcionante, encalladas en la playa inhospitalaria de la vida convertida en pesadilla.

Las conocí poco después de su detención. Mujeres de maternidad desposeída, encarceladas luego de un suicidio fracasado, porque las fuerzas de la vida se impusieron, al menos por un tiempo y al precio del asesinato de un hijo, a las fuerzas letales. En el frío de la prisión, de los gabinetes completamente encristalados y bajo la mirada de las celadoras, me contaron largamente su historia, sus dramas, el hecho de haber amado perdidamente y mal y no haber logrado dejarse amar.

Tienen entre veinte y cuarenta años. Todas mataron a hijos pequeños, entre los dos y los siete años. Están deprimidas y se sienten muy culpables. Como Medea, decidieron marcharse de este mundo llevándose el fruto de amores malogrados, y subrayan que sólo ellas podían atender a sus hijos, por lo que, una vez desaparecidas, éstos habrían quedado abandonados sin padre o con un padre ausente. Sobre todo, no quieren dejar ese tesoro al responsable de su descenso a los infiernos. Como Medea, que mata a sus dos hijos para que no queden en manos de su marido, que la abandonó por otra mujer, las madres que matan necesitaron borrar las huellas de un amor perdido. Medea sufre por haber sido abandonada por Jasón, por quien mató a su hermano y dejó su patria, por quien puso en práctica sus más profundos maleficios para que se apoderara del vellocino de oro. Medea sufre más de lo que es posible imaginar. Eurípides le hace decir:

¡Oh, dolor!
¡Que el rayo del cielo me atravesara la cabeza!
¿De qué sirve seguir viviendo?
Cansada, cansada, que la muerte me libere
de una vida que me es odiosa.

Quería verlo con mis propios ojos con su joven mujer
aplastados debajo de su morada destruida.
¡Qué injuria se atreven a infligirme, y cuán inmerecida!

Los amores decepcionados

Las decepciones amorosas reavivan desgarramientos profundos en las madres asesinas. El hundimiento que sienten repite un hundimiento ya producido, y viven esas rupturas como un trauma, un terror sin nombre del que no es posible liberarse. Casi todas son presa del dolor de una ruptura o un sentimiento de indiferencia de parte del compañero en el momento del asesinato. Ninguna puede soportar que otra la reemplace en el corazón de su amante, como Medea, que hará morir a Creusa para que no pertenezca a Jasón. Como en el caso de aquélla, no sólo sufren la ruptura, sino la llegada de otra a la vida de su cónyuge. Todas asignaron a su compañero la misión de darles una razón de vivir, y a través de esa relación reactivaron todas las esperanzas infantiles decepcionadas. Estas mujeres niñas jamás tuvieron un padre que las hiciera sentirse reconocidas, amadas y respetadas. Su ausencia las hizo sufrir cruelmente y creó un vacío tan grande que la sexualización siempre precoz de las relaciones sirvió en ellas para enjugar las lágrimas por esa falta y suscitar la esperanza de una reparación mágica de su narcisismo herido por un Edipo desdichado. Desolladas vivas, se organizaron mal que bien en torno de mecanismos de clivajes, de identificaciones proyectivas y de proyecciones masivas que, a lo largo de toda su vida, colorearon dramáticamente sus relaciones afectivas. Estas mujeres que me hablaron de sí mismas en esos gabinetes de cristales fríos como la muerte, me confiaron con una llama intensa los sufrimientos de su pasado, las sevicias psíquicas con las que me dijeron haber sido marcadas. En sus amores, todas fueron de fracaso en fracaso, repitiendo incansablemente el ciclo de esperanza y desesperación que puntuaba su vida de pareja. De crisis en perdones, de rupturas en reconciliaciones, de pasiones en disputas, estas mujeres navegaron en la tempestad esperando siempre encontrar la calma de un amor perfecto que nunca hallaron. Pauline dice:

X y yo estamos desesperados y, sin embargo, nos amamos. A tal punto, que si él se aleja yo quiero desaparecer. ¿Eso es amar? Aferrarme a alguien es la única manera que conozco de no perder pie y la manera segura de someterme. No logré liberación en el amor. Quería un castigo último. La autodestrucción en su máximo grado.

Mientras perduró en ellas la esperanza de encontrar el apaciguamiento en la mirada del otro, estas mujeres lucharon, física y psicológicamente. Gritaron su necesidad de atención y amor, como el bebé llora su angustia, y desafortunadamente sólo encontraron como único consuelo a interlocutores incapaces de “desintoxicar” esa angustia. Estas mujeres crecieron con una avidez tan intensa que ningún compañero podía estar a su altura, y ninguna de ellas aceptó que la decepcionaran. Por lo tanto, organizaron inconscientemente el hundimiento de la pareja mediante la repetición de su infancia malograda. Todo está ahí, en las expectativas imposibles de colmar un pozo sin fondo; ahí la maternidad se impuso como portadora de la esperanza de apaciguar esa oralidad sin límites.

Las maternidades necesarias

En esas uniones desequilibradas con hombres destinados a decepcionarlas, concibieron hijos, a menudo abortados, otras veces no, y que, llegados o no a término, fueron siempre el objeto de investiduras significativas. Las madres de las que hablo no descuidaron a sus hijos. Al contrario, los niños asesinados y los niños abortados fueron masivamente investidos y se constituyeron en el objeto de una nostalgia punzante en el caso de los abortos o de una relación simbiótica en el de los embarazos llevados a término. Durante mi primera visita a Marie en la cárcel, pocos días después del drama, el único tema que la haría llorar sería el de su primer aborto, a los 15 años, el de un embarazo con un compañero al que todavía califica como el amor de su vida.

Varias mujeres me describieron los fantasmas de los abortos como bebés que habrían querido tener por haber sido concebidos con un hombre idealizado que no deseaba comprometerse con ellas. Pauline se pone a sollozar cuando evoca el recuerdo de su primer aborto, y llora tanto por ese hijo desaparecido como por el que acaba de matar.

Los niños que esas mujeres mataron constituyen con frecuencia una prolongación de sí mismas. Esos niños asesinados sólo pertenecen a ellas, sin la posibilidad de inscribirse en un triángulo edípico. No

deben separarse de su madre, la que les dio la vida y quien, al hacerlo, se la dio sobre todo a ella misma. Estos niños son la representación inconsciente de lo que debe reparar el narcismo maternal, lo que debe insuflar esperanza. No son “objetos objetivos”, diría Winnicott, sino más bien objetos fuertemente subjetivados por el psiquismo materno. En ninguno de los casos de estas madres los niños tuvieron acceso a un espacio psíquico en que, como dice Aulagnier, hubiera podido aparecer su yo [Je]. Pauline dice: “Tuve ese hijo para mí. Lo que no quería, sobre todo, era un padre en el decorado”.

Todas estas madres evocan con una quietud poco común los momentos de “preocupación maternal primaria”,² en los meses que siguen al parto. Se sienten entonces en una estrecha fusión con su *infan*. Así, Pauline eligió un progenitor del que sabe, convenientemente, que no quiere ejercer su papel de padre, a fin de estar segura, dice, de no tener rivales en los cuidados maternos de ese bebé. Excluir al padre es permanecer en el autoengendramiento. Pauline expresa lo que la anima en el momento del nacimiento:

Incluso la historia de su nacimiento era compleja. Me sentía tan avergonzada, tan egoísta. Querer un hijo para mí empezó a parecerme gradualmente el más grande de los pecados contra él, contra la vida. ¿Qué derecho tenía para decidir que sólo necesitaba una madre? No le había dado verdaderamente la vida. Todavía la sentía mía. Dependía desesperadamente de esa niña. Nada fue más grande que la etapa del embarazo, el parto, esas horas en que, sola, la cuidaba, la oía, la tocaba, me deleitaba en la vida que ella representaba. Yo creía que por fin me había aferrado a la vida por la suya. La vida había cobrado sentido. Ahora yo tenía raíces, me había estabilizado; gracias a la seguridad de ser finalmente esencial para alguien.

Esas madres intentan traerse al mundo al dar vida. El engendramiento es en realidad un doble engendramiento. Dan vida a un niño con la condición de que éste les pague con la misma moneda, las mantenga con vida. Tarde o temprano, el niño las decepcionará al querer alejarse de ellas y dejará de cumplir su misión. La madre ya no tiene entonces ni siquiera eso para mantenerse con vida. Y si alrededor de ellas todo se desmorona y se hunde, ya no bastará ni siquiera la magia del hijo. Por lo cual deberán arrastrarlo con ellas.

² Donald W. Winnicott (1956), “La préoccupation maternelle primaire”, en *De la pédiatrie à la psychanalyse*, París, Payot, 1969, pp. 285-291 [traducción castellana: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1999].

Pauline agrega:

Mi vida no podía pensarse sin ella. Era tan hermosa. Sus ojos, sus piernitas siempre activas, su pelito rizado. Es inexplicable que yo haya querido interrumpir ese entusiasmo. Ella quería hacer ballet, ir a la escuela, ir a la guardería. Esa afición por estar en otra parte me hacía sufrir. Tenía la impresión de que tampoco ella podía amarme.

Sus hijos constituyen una especie de espejo, para bien pero también para mal. No es que sean malas madres, en lo que se refiere a los comportamientos observables. Al contrario, estarían más bien en la categoría de las madres cuya actitud sobreprotectora las hace socialmente aceptables a los ojos de los organismos de protección de la infancia. Ésa es la razón por la cual esos servicios muy pocas veces reparan en ellas, porque el amor que ponen de manifiesto por sus hijos no puede suscitar el temor de un pasaje al acto.

Hijas de sus madres y hermanas de sus hermanas

¿Qué decir de la relación de estas mujeres con sus propias madres? En la identificación que establecen con su hijo, ellas se maternan por proyección. Ese bebé es el hijo que habrían querido ser. Ese hijo deberá maternarlas como ellas mismas habrían querido ser maternadas. Su "preocupación maternal primaria" se perfila en una ecuación invertida, como diría Jacques André,³ en una especie de estado psicótico en que el juego de las identificaciones y las identificaciones proyectivas fija las reglas que sellarán para siempre la suerte de esa relación simbiótica. La avidez oral que ellas procuran colmar incansablemente a través de sus compañeros amorosos se desplazará hacia las numerosas identificaciones proyectivas con sus hijos, al extremo de que todas los matan, con la certidumbre de que esos hijos padecen en la tierra la misma falta que ellas. No hay una que justifique su gesto debido a una agresividad cualquiera hacia el niño. Todas explican el pasaje al acto por un deseo altruista de salvarlo de lo que describen como una vida y un porvenir imposibles. Situadas en el fondo del abismo en el momento del asesinato, ponen al niño en ese preciso lugar, donde ellas mismas dicen

³ Jacques André, *L'Objet, mode d'emploi*, coloquio trans., Montreal, septiembre de 1997.

haber sido colocadas junto con sus madres durante la infancia.

Pauline escribe: “Yo estaba completamente ahogada en mi familia”. Y mata a su hija ahogándola. Marie explica: “Mi madre me asfixió totalmente con su amor”. Mata a su hijo por asfixia.

Sylvie, que consumió rutinariamente medicamentos, matará a sus dos hijos intoxicándolos con ellos. Ninguna realiza ese gesto en un momento de ira. La mayoría de las veces, el niño duerme apaciblemente en su cuarto. Propiciada por la noche, la desesperación aumenta en ellas, convencidas de que han fracasado definitivamente en su búsqueda de amor y que sólo la muerte les traerá el reposo pulsional tan ansiado; y, como no quieren dejar a su hijo con nadie, lo arrastran consigo.

Varias de las mujeres que atendí tuvieron una o más hermanas; como lo serían más adelante de sus compañeros amorosos, fueron dolorosamente celosas de ellas y de la relación privilegiada que tenían con la madre. Cuando se desencadena el gesto asesino, estamos entonces ante una hemorragia narcisista provocada por el hecho de que el cónyuge se interesa en otra mujer, como su madre pudo preferir a la hermana, rivalidad de colores depresivos por el miedo de ser esta vez definitivamente abandonadas. Lucie explica:

La aparición de mis problemas se remonta a los 14 años, el momento en que mis padres se divorciaron y yo fui a vivir con mi padre, mientras que mi hermana tuvo la suerte de quedarse con mi madre. Yo estaba muy celosa. Mi madre la quería más a ella...

Pauline agrega:

Me sentía rechazada en mi familia. Siempre la sensación de ser diferente, no comprendida. Esperanza siempre frustrada de encontrar en ella un lugar que nunca tuve. Siempre tuve miedo de que mis hermanas fueran más interesantes que yo. Y lo eran en varios aspectos.

La triangulación se presenta con el polo materno. Todas estas mujeres son poco locuaces con respecto a su padre, salvo para destacar su ausencia o su indiferencia, mientras que su madre está omnipresente en su vida y sus palabras.

La pasión de Medea

Medea amaba sobre todo al hombre con quien había concebido a sus hijos, con un amor febril y apasionado. Cuando sabemos de qué sentimiento equívoco y de qué necesidad primitiva se alimenta la pasión,

debemos inquietarnos con justa razón por la intensidad de la relación de estas Medeas con sus cónyuges. Todas estas mujeres establecieron relaciones pasionales con sus compañeros. La pasión, escribe Aulagnier,⁴ transforma lo que habría tenido que seguir siendo objeto de placer y objeto de demanda en un objeto que se sitúa en la categoría de la necesidad. Pauline, Sylvie y Marie establecieron relaciones pasionales. Lo sabían. Relaciones pasionales que no estaban destinadas a durar. Ninguna lo está, nos aclara Aulagnier. Pensar el sufrimiento de la ruptura es aceptar que el otro lleva en sí el riesgo, y acaso el deseo, de su propia muerte. Al abandonarlas, los cónyuges quieren “acabarlas”. Marie me dice: “No le importa nada que yo esté en la cárcel. Se liberó de mí y de sus responsabilidades de padre. ¡Se manda a mudar con la primera que aparece!”. Sylvie agrega: “Mi marido parece muy desenvuelto, muy feliz. Probablemente se sienta libre otra vez”.

Las representaciones fantasmáticas activadas en el momento del obrar nos llevan a lo que Aulagnier describe como la Omnipotencia del deseo del otro de abandonar al sujeto, y contra el cual éste no tiene influencia. Por consiguiente, estas mujeres deben morir como niños impotentes, con la herida profunda de ser dejadas e incapaces de influir en la Omnipotencia del otro. Así, varios años antes, Pauline había hecho un intento de suicidio durante una ruptura con otro de sus maridos: “Le había dicho que no podía más, que esa relación ya no podía seguir. Él se fue y yo tomé la decisión de suicidarme”. En su caso, esta vez la ruptura signa un fracaso más grande, una desilusión más profunda, la de no haber dominado su angustia de abandono. Escribe lo siguiente:

Yo adoraba a mis dos hijitas. Estaba apegada a mi marido. Me negaba a renunciar. Sin embargo, todos los días se hablaba de separación. Me enfermaba la idea de separarme, de fracturar la familia. Mis hijitas necesitan tanto afecto. Les hice tanto mal. Les hicimos mal con nuestros líos, nuestras amenazas perpetuas de romper su universo. Tanto mi marido como yo éramos demasiado inmaduros para permitir que esas pequeñas vidas se desarrollaran.

Es como si Pauline se anticipara a la separación actuándola mediante el asesinato y el suicidio. En la aprensión de ser abandonada por el otro, es ella quien lo deja, enfrentándolo con la culpa de haber querido marcharse.

⁴ P. Aulagnier, *Les Destins du plaisir...*, op. cit., p. 1.

La relación con el objeto siempre está bajo la amenaza de destrucción recíproca, y se supone que sólo una vigilancia de los límites protege una autonomía adquirida a alto precio que supo sacrificar las satisfacciones pulsionales objetales en beneficio de las satisfacciones narcisistas.⁵

Bion dirá que el sujeto ataca por envidia y aidez la tranquilidad de espíritu del otro, quien posee la Omnipotencia de odio y amor.⁶ La envidia y el odio transforman la capacidad de introyección en aidez que devora la psique del sujeto.

Cabe imaginar que la puesta en escena de la relación entre esas mujeres y sus maridos haya estado inscrita desde el origen en la primacía del deseo de ser objeto exclusivo del cónyuge, y ellas permanecen en paz mientras conservan la certeza de su ascendencia sobre él. Hay que mencionar que estas mujeres experimentan la necesidad insaciable de una relación amorosa que, por otra parte, siempre es insatisfactoria. Los celos intensos que sienten ante la idea de ser reemplazadas las hacen sufrir duramente, y no hay que desdeñar el papel de la rival en el desencadenamiento del pasaje al acto del filicidio. ¿Medea habría matado a sus hijos para quitárselos a Jasón si él no hubiera querido volver a casarse? El drama del filicidio se representa en el triángulo amoroso portador de la repetición preedípica del triángulo entre estas mujeres, sus madres y sus hermanas. Ellas matan al hijo de la escena primitiva, quien no debe quedarse con el padre tan decepcionante, tan lesivo para su feminidad, pero también al hijo de la madre, quien siempre mantuvo una rivalidad con una hermana, ese hijo que, en definitiva, no puede pertenecer sino a ellas y a ellas solas, como un rehén que trajeron al mundo y del que son únicas dueñas. En la concentración de amor y herida narcisista, el asesinato y el suicidio se presentan como la única alternativa posible para terminar en un mismo momento con los sufrimientos que atribuyen a sus hijos y con los suyos propios. En las relaciones de pareja de estas mujeres, todo recuerda la relación simbiótica que se establece en la Omnipotencia del amor o el odio. Relaciones de duelo sin fin en las que el amor se transforma en odio, en odio al amor o amor al odio. Es como si la vida triunfara sobre la muerte al precio de

⁵ André Green, "La double limite", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 24, 1982, p. 272

⁶ Wilfrid R. Bion (1957), "Attaques contre la liaison", en *Réflexion faite*, Paris, PUF, 1988 [traducción castellana: *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1985].

disputas interminables, "riñas conyugales" gracias a las cuales sus compañeros les hacen sentir que ellas existen por la ira que ellos les manifiestan, así como la lava emerge de un volcán para recordarnos su existencia. Estas mujeres sólo sienten que existen al precio de la atención exclusiva de sus maridos. Las rivales son una fuente de angustia aterradoradora para ellas, porque reavivan el peligro del abandono, de la pérdida del objeto de amor que es manantial de vida, de alimento psíquico e incluso físico. Pero las disputas recomienzan una y otra vez porque su apetito no tiene fin y sus celos siempre están dispuestos a presentar batalla. Signar el fin de la relación exige la muerte de su proyecto de vida, el de triunfar sobre las rivales hermanas, sobre aquellas que pueden arrebatárles el pecho materno. Todas sus batallas no tendrán más que un objetivo: convencer a sus esposos de que no las abandonen pero, sobre todo, de que no las abandonen por otra mujer. Perder ante una rival significa la capitulación final, la pérdida de su razón de ser.

¿Por qué las disputas constituyen en las relaciones conyugales un cemento tan poderoso que ni siquiera el amor podría rivalizar con él? En ellas, el odio parece ser una forma pasional de amor, un amor que corresponde más a la necesidad de ascendiente que al deseo. Varias de estas mujeres me cuentan que sus relaciones conyugales son violentas, ya sea física, ya psicológicamente, o ambas cosas a la vez. Las posiciones masoquistas en las que dicen haberse colocado parecen repetir lo que vivieron anteriormente. Acusar de manera interminable a sus esposos es repetir la acusación que habrían querido formular contra sus madres o sus padres, la de un sentimiento de falta de reconocimiento. Cada disputa conyugal les confirma que existen. Cuando sienten que sus maridos son indiferentes y que ellas han perdido definitivamente la batalla por el reconocimiento, la única posibilidad es la muerte. Ése es otro de los vectores de sus relaciones tan tumultuosas: la lucha contra la depresión.

Su odio lucha contra la muerte. La ambivalencia, siempre presente en sus relaciones pasionales, las protege de la dulzura y la ternura, tan peligrosas como atractivas. Pauline había tenido un amante dulce, tierno y afectuoso. Lo dejó porque le parecía demasiado aburrido. Estas mujeres se sienten con vida gracias a las luchas épicas que recrean con compañeros vistos y vividos como erotizantes por su pasión. El amor/odio que experimentan las mantiene con vida; la indiferencia las mata.

Como dice Anzieu, "el odio ocupa, en el espacio imaginario de estas parejas, una posición de núcleo, mientras que la corteza está hecha de sufrimiento".⁷ La amenaza de retorno al estado de desamparo originario constituye un horizonte aterrador que ellas tienen la impresión de haber alcanzado cuando deciden matarse. La hemorragia narcisista no logra colmarse y ninguna reivindicación puede calmarla, porque el adversario se ha marchado definitivamente. El odio es, a pesar de todo, un esfuerzo en pos del amor. Como el cónyuge no debe desaparecer, el odio sirve más para alimentar la relación que para agotarla. La violencia que manifiestan estas mujeres contra sus esposos se vuelve invariablemente contra ellas, y las hunde entonces en afectos depresivos que sólo una nueva tempestad podrá apaciguar. Hacer el duelo de esas relaciones es aceptar la desilusión, renunciar a la satisfacción que puede suscitar el deseo de venganza. El *impasse* amoroso en el que se encuentran fue señalado por Freud en "El tabú de la virginidad", donde subraya que estas mujeres sólo podrán liberarse cuando hayan "perpetrado la venganza sobre su objeto de amor".⁸ En las madres filicidas, al contrario, lo que las lleva a la decisión del suicidio es la capitulación de la esperanza de venganza contra sus maridos.

Así, la indiferencia de su esposo, que Pauline sintió la mañana fatídica del drama, su mutismo, fue el último detonante. Esa actitud indiferente la convenció más que cualquier palabra. El silencio signa la muerte, la consagración del deseo del otro de verla muerta, y su propio deseo de no deseo, para adormecer para siempre todo dolor de existir. Si esa mañana la disputa se hubiese reiterado, si se hubieran pronunciado las palabras de odio, la hija todavía estaría viva. Fue el silencio mortal lo que signó la muerte, y la paz en ésta pareció más segura que el odio del deseo. El displacer máximo produce su efecto, esas madres lo sienten incluso físicamente, y por lo tanto deben matarse para triunfar sobre él. La Omnipotencia del deseo del otro de rechazarlas provoca la activación de un sufrimiento que se traduce en el deseo de destrucción de ese dolor

⁷ Didier Anzieu, "La scene de ménage", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 33, 1986, p. 201.

⁸ Sigmund Freud, "Le tabou de la virginité", en *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1969, p. 80 [traducción castellana: "El tabú de la virginidad", en "Aportaciones a la psicología de la vida erótica", en *Obras completas* (en lo sucesivo OC), Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, t. 1].

tan fuerte, hermanado con la vivencia de que ellas y sus hijos son uno y que no pueden abandonarlos porque éstos sufren tanto como ellas.

Para Freud, “el verdadero prototipo de la relación de odio emana de las luchas del yo para mantenerse con vida y afirmarse”.⁹ Thanatos es la tentativa de aniquilar toda razón de búsqueda y de expectativa por medio del retorno a un silencio primordial, a un antes del deseo en que el *infans* ignoraba que iba a ser “condenado a desear”.¹⁰

Pauline describe así la mañana del asesinato de su hija: “Me vestí para ir a trabajar. Traté de hablar con mi marido, que seguía enojado. Ni siquiera me miraba. De repente, le dije a Sabine que se quedara conmigo. Mi marido se fue con mi hija menor a lo de la niñera. Les dije que los quería mucho. Él ni siquiera se dio vuelta”.

Por amor a sus hijos, estas mujeres deciden arrastrarlos con ellas a la muerte. Pauline escribe:

Ni hablar de dejar a Sabine huérfana en este mundo. Ella también había heredado mi fardo, tortura probable para el resto de sus días. Con seguridad se ataviaba con mi dolor de vivir. Y si para mí no tenía sentido seguir, era preciso protegerla también a ella. Yo amaba a esa niña más de lo que pueda imaginarse. Morí esa mañana. Yo también me ahogué...

En esas palabras comprobamos que las identificaciones son turbias y que, por identificación proyectiva, la madre puede atribuir a su hijo todas las vivencias que le son propias. Todas estas mujeres se declaran también un *poco* muertas. Intentaron matar su dolor de vivir. Al matar, las madres protegen tal vez la parte buena de sí mismas, algo demasiado frágil para exponerlo al mundo exterior.

Marie dice:

Lo siento más protegido donde está ahora. La vida se ha vuelto tan peligrosa para un niño. Al menos, estoy segura de que donde está no lo agredirán sexualmente.

Pauline escribe:

Sabine me había abierto todo un universo de dulzura, de ternura. Me había dado por fin la sensación de que yo era importante para alguien. Pero yo iba a sofocar la necesidad que tenía de ella. ¿Qué tenía que hacer toda esa gente en

⁹ S. Freud (1915), “Pulsions et destins des pulsions”, en *Métapsychologie*, París, Gallimard, 1968 [traducción castellana: “Los instintos y sus destinos”, en *OC*, t. 1].

¹⁰ P. Aulagnier, “Condamné a investir”, *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 25, 1982, pp. 309-330.

mi deseo de morir y evitar a Sabine una vida sometida a la triste herencia que había recibido de una madre incapaz y un padre ausente?

Podemos hablar de esperanza de placer como se habla de esperanza de vida y decir con Aulagnier que es necesaria para que el yo [Je] invista el tiempo futuro por la vía identificatoria. La ruptura de una relación vivida en el modo pasional puede llevar a la muerte, porque si esa pasión no se alimenta, todo queda aniquilado. Sabine alimentaba a su madre desde su nacimiento, pero para la madre se aproximaba el destete psíquico, que era intolerable. Sabine quería alejarse de ella, lo mismo que su marido.

Pauline dice:

Hoy estoy en una prisión. Pero, extrañamente, no tengo ninguna sensación diferente. Esta cárcel estuvo en mí toda mi vida. Muy sensible y quizá poco dotada para defenderme en una familia en que jamás tuve la impresión de existir para nadie, me ahogaba en ella.

Estas madres hacen desaparecer del espejo ahora ardiente la imagen del fantasma vivo heredado del pasado. Tienen que matar a la niña de su infancia, la que se sentía poco amada, mal comprendida, y cuya avidez oral sólo era igualada por la certeza de que nadie podía colmarla.

Pauline resume con claridad lo que podrían decir todas estas madres:

El estallido de todo lo que me era esencial: Sabine está muerta, la más chica quedará perturbada para siempre por esos cortes, mi marido me temerá o me despreciará. Ya no hay futuro profesional. La obsesión de la ausencia, de haber destruido la vida. La confirmación de la soledad extrema en la que sigo estando. ¿Qué monstruo dentro de mí pudo hacer ese gesto? En mi interior, me siento como una niña a la que hay que proteger. Pero salvo yo, nadie es responsable de haber pretendido ser madre, de haber esperado reconciliarme con la vida al darla. Yo era una bomba y lo sabía. Nunca pensé que eso podía volverse contra mi hija, contra mis hijas. ¿Hay medicamentos contra la rabia en el ser humano? Me parece que un juez debería considerar que seguir con vida es el castigo al gesto hecho, el peor que pueda imaginarse. No saldré jamás. Nunca tendrían que haber abolido la pena de muerte.

Pauline se infligirá a sí misma la pena capital tres años después de su crimen, en vísperas del aniversario del fallecimiento de su hija y poco antes de que se recomiende quitarle la patria potestad de su otra hija.

Estas cuatro mujeres buscaron desesperadamente su razón de ser a través de sus pasiones amorosas y la pasión por sus hijos. Mataron por amor al hijo del que no podían separarse. El carácter impulsivo que subyace a su gesto es desesperante en su trivialidad y hace que nos

cuestionemos sobre el abismo que las separa de todas las otras madres supuestamente “buenas”. ¿El desequilibrio psicológico de estas mujeres es tan grave que nadie puede identificarse con ellas? ¿Qué fue lo que indujo ese descarrilamiento, ese deseo de terminar, para sí mismas y para el hijo de la simbiosis? Estas madres mataron al hijo por el que más apego sentían, al que estaban desesperadamente aferradas, en una relación simbiótica que no podía autorizar compromiso alguno. La rivalidad de fuertes componentes depresivos las hizo hundirse en la desesperación que podría acechar a muchas mujeres, porque la angustia femenina, como lo pretende Freud, es sobre todo una angustia de pérdida de amor del objeto.¹¹

Se trate del hombre a punto de marcharse o del niño dispuesto a volar con sus propias alas, la angustia de la mujer, de la madre, experimenta variaciones importantes: ya se inscriba en una problemática de rivalidad edípica (la pérdida en beneficio de otra) o depresiva (ser abandonada).¹²

Uno y otro aspecto están entremezclados en la escalada de desamparo que lleva a esas madres a querer terminar con su vida a la vez que se niegan a separarse de su hijo. Cuando constatamos con Freud que todas las mujeres son sensibles a la angustia de abandono, tal vez nos sintamos menos cómodas con la distancia que ponemos entre las madres que matan a sus hijos y las otras. La banalidad de la situación amorosa que las lleva al drama evoca la de la indiferenciación madre-hijo. Me habría gustado ser más tranquilizadora en cuanto a la amplitud del abismo que nos separa de esas madres, pero la dramática banalidad de las circunstancias que pudieron empujarlas a semejante desesperación debería hacernos reflexionar sobre lo que está en juego en lo femenino y la angustia de abandono en cada una de nosotras.

¹¹ Cuestión bien discutida en J. André, *La Sexualité féminine*, París, PUF, 1994, col. “Que sais-je?”, p. 107.

¹² *Ibid.*